



Azorín

**Alto en el Pedernoso
Don Quijote**

En marcha hacia el claro Levante. Y hagamos un alto en el Pedernoso. Cuando se sale de Madrid con dirección a Levante, pasado Aranjuez, se encuentra Ocaña. En Ocaña se bifurca la carretera. El ramal de la derecha conduce a Andalucía. El de la izquierda se dirige a Valencia, Alicante y Murcia. Después de Quintanar de la Orden nos encontramos en el Pedernoso. Nos dice Madoz que el Pedernoso se halla edificado «en terreno llano y sobre una cantera de pedernal». El término es abundante en plantas útiles y en granos. Se halla enclavado en la provincia de Cuenca y dentro del partido judicial de Belmonte. En Belmonte nació fray Luis de León. Pertenece el Pedernoso a la Audiencia territorial de Albacete. En el Pedernoso hacían cambio de tiros las antiguas diligencias. El revezo se efectuaba en esta posada en que acabamos de entrar. La posada se llamaba «Nueva» a principios de siglo XIX. Su patio es ancho. Ha entrado lentamente en su ámbito un magnífico automóvil. Viene, tras largo rodaje, del país de Francia. Donde antes marcaban sus huellas débiles las diligencias, han marcado sus débiles huellas los neumáticos del automóvil. Del coche han descendido un caballero francés y su secretario. El caballero se llama Paul Lelong, y el secretario, Roberto Durand. Todo ha sido mostrado en la posada detenidamente a estos dos viajeros. Durand trae debajo del brazo una abultada cartera. Con los viajeros franceses se han congregado en el mesón, por acaso, otros viajeros españoles. Nada podría decir la cortesía, el porte señorial y la reposada palabra de Paul Lelong. Su secretario escucha y asiente. A veces, sin embargo, muestra con un ligero gesto, apenas visible, su discreto disenso. Paul Lelong manifiesta vivo interés por esta posada. La posada es bonita.

Desde el patio, una puertecita franquea el comedor. El patio tiene amplio techado, bajo el cual se resguardan de la lluvia y el sol los carruajes. En un ángulo reposa rotunda y tobosina tinaja. No sirve ya para los líquidos. No se guardan en ella, desde hace tiempo, ni el rico Yepes ni el exquisito Ocaña. Un arbusto, florido en primavera, surge de su angosta boca. Otra puerta, desde el mismo patio, conduce a la cocina. Allá, a la derecha, al final, se ven los muros negros del hogar. De arriba, por la ancha campana de la chimenea, desciende una viva claridad. En los altos están los cuartos de los huéspedes. En un corredor blanco se abren las puertas. Tienen las paredes un zócalo de intenso azul. Separa lo blanco de la cal y lo azul del añil una rayita negra. Todo es limpieza y orden en la casa. La luz penetra en el pasillo por una ventana enrejada. Si nos asomamos a ella, contemplaremos el paisaje manchego. La verdadera Mancha es la Mancha abocada a Levante. En el Pedernoso se da el punto inicial de la más clara Mancha. Paul Lelong y su secretario vienen a España a visitar los lugares quijotescos. Estarán en Argamasilla, en el Toboso, en Ruidera, en Puerto Lápice, en Sierra Morena. El Pedernoso les ofrece la más bella posada española. Su sencillez, su limpieza y su vivo concierto de colores -blanco, azul y negro- les prometen vivas sensaciones de arte. En la penumbrosa cocina, los ojos del caballero no pueden apartarse del fúlgido y sedante resplandor que, entre paredes foscas, tapizadas de hollín, baja del clarísimo cielo de la Mancha.

Ha llegado la hora de comer. En la venta cada cual se dispone al transitorio yantar según sus posibles. Pero Paul Lelong, caballeroso, ha convidado a todos. España es acogedora, y Francia es cordial. La venta toda está en silencio. La paz más dulce reina entre los congregados dentro de estos muros históricos. Podrá ser este un momento del siglo XX, siglo con automóviles, y podrá ser otro momento del siglo XIX, con sus diligencias. Los artefactos son diferentes. Lo positivo es el perfecto acuerdo tácito que une los corazones. La merienda que Paul Lelong trae en la arqueta de su coche magnífico es suculenta. Puesta sobre la mesa de blanco y lavado pino, todos van participando de sus exquisiteces. La conversación se desliza amable. Un buen burdeos parece pedir, en correspondencia cordial de nación a nación, la réplica de un claro y fresco Valdepeñas. El Valdepeñas es traído por manos amistosas. Después de apurar un buen vaso, pasada la lengua por los labios. Paul Lelong se ha levantado lentamente. Estamos en los postres de la comida. Hay a veces en las casas manchegas, colgado en el zaguán, un manojito de las espigas mayores y mejor granadas del año. Paul Lelong ha cogido uno de estos manojos que en el muro pendía y con él en la mano se ha tornado a su sitio. Todos le miran con expectación. Y el andante francés, sonriente, con las espigas en la diestra, ha dicho:

-Estas espigas, señores, son símbolo de la abundancia en la paz. ¡Dichosos los tiempos en que la humanidad era regida por la ley del amor! Pero la Arcadia verdadera no está detrás de nosotros, en los siglos pretéritos, sino en lo por venir. Europa está enferma. La estremecen convulsiones profundas. Adolece de irritaciones inmotivadas. Se ha perdido la ecuanimidad y se marcha velozmente hacia lo inesperado. Lo inesperado -que todo el mundo espera- es la conflagración. La lucha del hombre contra el hombre constituye ya la regla unánime. No desesperemos por esto, señores.

No apoquemos nuestros ánimos. No nos rindamos al pesimismo. En los mismos hechos luctuosos que presenciamos debemos inspirar nuestra fe. La humanidad sabe dónde va. Seamos finalistas, sí, finalistas de la concordia. Pongamos nuestro pensamiento en la Arcadia futura. Al igual que el hombre ha vencido otros mayores obstáculos, desde la caverna a la tierra labrada, desde la vida nómada a la vida urbana, desde el esclavo hasta el ciudadano libre, así vencerá otras etapas que quedan por vencer. ¡Bebamos, señores, por la paz y el trabajo! ¡Bebamos por el ideal de fraternidad universal que se realizará sobre la tierra!

Y todos han levantado sus vasos y han bebido.

* * *

Jean Cassou es uno de los ingenios más finos y cultivados de la Francia literaria actual. Rinde simpático culto a España. La Academia Española, en su última sesión de la primavera, le ha nombrado correspondiente suyo en la gran República. Jean Cassou ha restaurado viejas traducciones francesas del «Quijote» y ha hecho con todas un texto primoroso. Discretas notas lleva también la moderna edición. Comprensivo prólogo sirve de pórtico. La edición es maravilla de tipografía. ¡Si tuviéramos en España un «Quijote» así! ¡Si tuviéramos un «Quijote» en un solo y ligero tomo, llevadero en el bolsillo! El análogo de Maucci no le llega a este. En un volumen se han publicado todas las obras de Cervantes. Se le ha olvidado al colector el índice del «Quijote». Bien es verdad que también queda olvidado el índice del «Persiles». Jean Cassou y el editor de esta maravillosa colección de «La Pleiade» prestan un magnífico servicio a las letras humanas.

¿Y qué influencia ha tenido en Francia la obra capital de Cervantes? Repasamos «in mente» la literatura francesa y no lo aperecibimos con claridad. ¿No lo aperecibimos? Existe un libro francés escrito por el literato más personal del siglo XVIII. En ese libro, un caballero y su criado divagan por los caminos. Toda la obra consiste en el diálogo que amo y criado mantienen. Nuestro Quijote es una víctima de la fatalidad. Y Santiago, el personaje de Diderot, es un fatalista. Diderot nombra en su obra «Santiago el fatalista» al inglés Sterne. Los críticos, a propósito de esta obra, nombran también a Sterne. Pero presumimos que lo subconsciente de Diderot iba por otro camino. Decía el maestro Montaigne: «La memoire nous represente, non pas ce que nous choisissons, mais ce qui lui plaît». La memoria no representaba a Diderot lo que él había escogido, sino lo que le placía a la misma memoria. Lo que le placía a la memoria, en este caso, era el «Quijote». Don Quijote y Sancho son nombrados en el libro de Diderot. El caballero y su criado, Santiago, se enredan en frecuentes pelamesas, como Don Quijote y Sancho. Sancho lleva siempre consigo su bota de buen vino, y Santiago no se aparta de su «gourde remplie du meilleur», o sea de lo caro. En una venta reúne Cervantes inopinadamente a personajes suyos. En otra venta congrega Diderot a diversos personajes de la novela y pinta escenas tan curiosas como las del «Quijote». Un curioso impertinente da motivo a Cervantes para injerir en la novela una primorosa narración. Una curiosa impertinente, la señora La Pommeraye, ofrece a Diderot materia para una narración maravillosa. Todo el ambiente, en fin, en la obra de Diderot acusa, no imitación directa o trasunto fiel, sino una lejana, ideal y bella resonancia de nuestro gran libro.

Azorín
Ahora, 25 de septiembre 1935

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

